

LA BIBLIOTUYA

Cómo implicar a los alumnos en la gestión de la biblioteca escolar

¿Biblioteca Escolar? Ufff, deberes, lecturas obligatorias, trabajos de clase... Esta sería la respuesta de la mayoría de los alumnos de un centro educativo a la pregunta formulada. ¿Y si se les ofreciese la oportunidad de implicarse en la gestión, desarrollo y crecimiento de esa biblioteca? ¿No conseguiríamos que la percibiesen como algo suyo, respetado, apreciado y distinto de toda obligación escolar?

En 1927 en una lejana y desconocida aldea española (Cubillejo de Lara, anejo de Mambrillas de Lara, en la provincia de Burgos), poblado de 90 habitantes, en una escuelita a la que concurrían asiduamente doce niños, hijos de aquellos pobres labriegos y pastores, fundamos la Biblioteca Escolar «Cervantes» con un par de docenas de libros que encontramos en los armarios y que luego aumentamos considerablemente con los recursos que nuestro ingenio nos permitió allegar interesando la colaboración eficaz de los alumnos y sus padres en la obra educativa que nos proponíamos realizar en la escuela. Desconociendo entonces todo lo que se refiere a la técnica bibliotecaria, el manejo de los índices y ficheros y el establecimiento de clasificaciones de notas, datos y documentos, sirviéndonos de guía únicamente nuestro entusiasmo y estudiando en cada caso con interés y cuidado los problemas que la práctica diaria nos iba poniendo de relieve, organizamos nuestra biblioteca con la cooperación activa de nuestros alumnos.

DOMINGO TIRADO¹

Maestros, bibliotecarios, personas

El pedagogo italiano Francesco Tonucci² defendía recientemente en Buenos Aires la idea de «ciudad educadora». Según él, se trata de permitir, entre otras cosas, que los niños vayan solos de casa a la escuela sin necesidad de la mano protectora de la madre o del padre, se trata de concienciar a la ciudadanía en general para facilitar la autonomía de la persona que está creciendo. Ironizaba Tonucci cuando sugería que simplemente era necesario *un adulto tomando mate en cada esquina*, indicando la necesidad colectiva de estar alerta pero a distancia, permitiendo el libre movimiento de los niños por las ciudades. Es un concepto interesante que nos hace reflexionar sobre la función educadora de la sociedad en general y de la escuela en particular, ya sea en el aula ordinaria o en los espacios comunes como el comedor, el patio o la biblioteca.

Somos, ante todo, *personas que acompañamos* y el hecho de ser el maestro tutor, el especialista de música, el conserje o la madre, es circunstancial. Los alumnos, todos los alumnos de la escuela, son responsabilidad común. Es necesaria una coordinación de

todos los estamentos —especialmente del claustro de maestros— para consensuar un proyecto único que ayude a vivir de una manera más integrada, más feliz.

Extrapolando la idea de educación compartida apuntada por Tonucci, podemos entender fácilmente que el bibliotecario o bibliotecaria escolar es, ante todo, un educador, una persona que antepone la calidez de las relaciones humanas a su capacidad de asesorar o recomendar lecturas, por ejemplo. En este sentido hay una anécdota que le sucedió a Noam Chomsky que refuerza la idea que intentamos exponer. Chomsky se ha caracterizado siempre por su actitud combativa y su rebeldía política frente al intervencionismo de la administración estadounidense en Oriente Medio. En cierta ocasión, durante una entrevista, le preguntaron: «Perdone, pero usted es un profesor de lingüística, ¿qué autoridad tiene para hablar de política?», y él respondió «Bien, soy un ser humano... »

El bibliotecario escolar es responsable directo de la regulación de la convivencia en el espacio biblioteca y como tal ha de coordinar las estrategias que permitan una actitud correcta, amable y colaboradora del alumnado que la frecuenta. Parece una obviedad pero queremos recordar que si el centro mantiene una línea de trabajo determinada, con unas normas precisas sobre comportamientos y relaciones, el maestro responsable de la biblioteca deberá atenderlas para no crear confusiones ni distorsiones; o sea, va a resultar complicado crear un oasis de libertad en la biblioteca cuando los alumnos se enfrentan en el aula ordinaria a un maestro que monopoliza la palabra, que se vale de los premios y los castigos, que prima la competitividad.

En cada centro hay diversas tipologías de educadores con sus creencias particulares respecto al hecho lector; los hay que aún confían en la lectura colectiva y dedican horas y horas a practicar —con escasos resultados— la lectura del mismo capítulo del mismo libro a toda la clase. Suelen ser personas con dificultades para comprender que todos los niños son diferentes, y a los que les cuesta entender que hay otra forma de acercarse a la lectura.

Afortunadamente son mayoría, en cambio, los docentes que invitan a leer, leyendo en voz alta ellos mismos cada día, comentando libros, imaginando como debe de ser determinado autor o autora, dando ejemplo. Son maestros y maestras que trabajan a partir de los intereses de su grupo, practicando una pedagogía con implicación emocional y, quizá, dedicando más horas de preparación. Un esfuerzo que obtiene, sin duda, su recompensa.

El niño o la niña que crece, que se forma como persona, ha dejado de ser un mero receptor de mensajes y, cada vez más, *es el verdadero protagonista de su proceso de aprendizaje.*

No querríamos parecer ingenuos y presentar una visión idílica del alumnado, entre otras cosas porque el alumnado en abstracto no existe. Hay, eso sí, un alumno con su cara, su nombre y su apellido. Somos conscientes de ello y estamos con Philippe Meirieu³ cuando opina:

...en resumen, y a riesgo de caer en paradoja, hay que admitir que lo «normal», en educación, es que la cosa «no funcione»: que el otro se resista, se esconda o se rebele. Lo «normal» es que la persona que se

construye frente a nosotros no se deje llevar, o incluso se nos oponga, a veces, simplemente, para recordarnos que no es un objeto en construcción sino un sujeto que se construye.

Además ese sujeto que se construye puede mantener actitudes agresivas, ira o rabia, comportamientos todos ellos perfectamente humanos y previsibles. Es normal que haya momentos de tensión pero estas situaciones pueden evitarse si existe una buena educación emocional que anteponga unos objetivos y unas estrategias que ayuden a controlar las emociones negativas (la presión interna, el estrés, la salud psicológica). Es necesario —y aquí conviene citar el magnífico trabajo de Ferran Salmurri⁴— potenciar una educación que ayude a mejorar la autoestima, el autocontrol, el pensamiento positivo y las relaciones interpersonales satisfactorias.

Implicar a los alumnos en la gestión y toma de decisiones respecto a la organización de la biblioteca es una buena manera de que la respeten y la quieran.

Algunas de las acciones que realizamos de manera regular en nuestra escuela son las siguientes:

La clase va de compras

Es una actividad para el alumnado de sexto de primaria. Una parte del presupuesto que se destina a la compra de libros está gestionada directamente por los chicos y chicas. Ellos son los encargados de pasar por todas las aulas y recoger las demandas de los compañeros, de confeccionar las listas de libros o temas que han de considerar y, con una parte del presupuesto en el bolsillo de cada alumno, de visitar la librería más próxima. El personal de la librería está avisado con antelación y se encarga de conducir la visita, de explicar en qué consiste su trabajo, cuál es el proceso del libro, y de pasearlos por los diferentes departamentos de la tienda.

Después cada alumno, o grupo de alumnos, busca, pide o encuentra aquellos materiales que han de formar parte de la biblioteca general del centro. A veces se producen descubrimientos sorprendentes, otras hay que pactar con algún compañero el destino de esos euros que les sobran a cada uno.

Los auxiliares de biblioteca

Formar al alumnado como usuarios autónomos es fundamental. La *biblioteva*⁵ es suya, ellos son quienes la usan y los que han de colaborar en su mantenimiento y funcionamiento.

Los niños y las niñas de los ciclos medio y superior tienen la oportunidad de ser *auxiliares de biblioteca* durante un período de tiempo preestablecido de dos semanas. Durante esos días aprenden a conservar la *ordenación de los libros* en los estantes, repasan los *conceptos de alfabetización*, atienden el **servicio de préstamo** en las horas en que éste funciona, organizan el **servicio de bibliopatio** en el espacio habilitado al efecto con los materiales de lectura recreativa, mantienen actualizado el *tablero de noticias*, elaboran el *concurso del mes*, etc.

La participación de los chicos y chicas en la gestión y organización de la biblioteca les está ayudando en la formación como lectores. Existe, además, un aspecto intrínseco en esta manera de entender la vida escolar: se potencian los lazos afectivos con el espacio y con los libros para complementar la idea de conseguir que la biblioteca sea el eje alrededor del cual gire la vida intelectual y parte de la social de la escuela.

La rueda de cuentos

Es una acción semanal, libre y voluntaria. Ocupa veinte minutos aproximadamente, los viernes durante el recreo. Un alumno o grupo de alumnos de ciclo superior lee en voz alta un cuento a los asistentes. Como único soporte su voz. Son narraciones que han preparado a conciencia. La dicción es clara, comprensible, y se crea una atmósfera mágica de calma. Al terminar regalan un punto de lectura alusivo a la narración. El día de *la rueda de cuentos* se paraliza la actividad normal de la biblioteca en las horas de recreo.

Esta acción está en sintonía con otra actividad que implica a los alumnos de cuarto — *los padrinos de la lectura*— en la que cada alumno tutoriza, *apadrina*, a un compañero de tercer curso de ciclo infantil y le ayuda en sus progresos con la comprensión lectora.

El verdadero acto educativo —como bien señalan Jaume Cela y Juli Palou⁶— lo único que puede hacer es *enseñar a viajar*, sin establecer límites ni objetivos mínimos que limiten el camino a la esperanza. Estos autores opinan que aquello que debe prevalecer son las distancias cortas, los espacios cercanos, el día a día en todos los aspectos, desde el sistema de relaciones hasta la decoración de las aulas. Por eso los alumnos participan en la administración de la biblioteca, con todos los derechos. Por eso sus ideas son recogidas y valoradas. Es la manera de conseguir que sientan el espacio como algo que depende de ellos. Es el camino para conseguir, a corto y largo plazo, unos ciudadanos más cívicos, más cultos, en definitiva, mejores.

NOTAS

1. TIRADO, Domingo. *Bibliotecas Escolares*. México D.F.: Publicaciones del Centro de Investigaciones Agológicas, 1945.
2. TONUCCI, Francesco. *La ciudad de los niños: un modo nuevo de pensar la ciudad*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.
3. MEIRIEU, Philippe. *Frankenstein educador*. Barcelona: Alertes, 1998
4. SALMURRI, Ferran. *Libertad emocional*. Barcelona: Paidós, 2005
5. En catalán, *biblioteva* es un juego de palabras que significa *bibliotuya*, expresión que da título a este artículo y refuerza la idea de algo que te pertenece.
6. CELA, Jaume y PALOU, Juli. *Va de mestres. Carta als mestres que comencen*. Barcelona: Associació de Mestres Rosa Sensat, 2004.